

Históricas Digital

Felipe Arturo Ávila Espinosa

“Estudio introductorio. Porfirio Díaz y el Porfiriato en el centenario de la Revolución”

p. 7-36

James Creelman

Díaz, jerarca de México

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)

Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

ESTUDIO INTRODUCTORIO PORFIRIO DÍAZ Y EL PORFIRIATO EN EL CENTENARIO DE LA REVOLUCIÓN

Espero [...] que calmadas las pasiones que acompañan a toda revolución, un estudio más concienzudo y comprobado haga surgir en la conciencia nacional un juicio correcto que me permita morir llevando en el fondo de mi alma una justa correspondencia de la estimación que en toda mi vida he consagrado y consagraré a mis compatriotas.¹

En la historia de México, pocos personajes han sido tan polémicos y controvertidos como Porfirio Díaz. Pocos, también, han experimentado en vida su transformación de héroes nacionales, aclamados hasta el límite, en villanos repudiados por muchos de quienes antes los exaltaban. Porfirio Díaz es uno de esos excepcionales personajes que pasó de ser una de las glorias nacionales, vencedor de los ejércitos franceses durante la Intervención y el artífice de la más prolongada etapa de paz, estabilidad y crecimiento durante el siglo XIX mexicano, a ser visto

1 Carta de renuncia de Porfirio Díaz a la Presidencia de México.

como un dictador déspota y tirano, responsable del atraso, sufrimiento y marginación de la mayoría de la población mexicana y causa directa del estallido social revolucionario de 1910.

Esta última imagen es la que ha predominado en la mayor parte de la historiografía sobre el periodo en que gobernó y al que la misma historiografía dio su nombre: el Porfiriato. Quienes vencieron a don Porfirio, los revolucionarios, crearon su propia versión de la historia y construyeron una ideología —la ideología de la Revolución— que les dio legitimidad a partir de la negación y anulación del Porfiriato. En esa visión, Porfirio Díaz era la encarnación del mal gobernante, creador de un régimen autoritario y represivo, con las manos manchadas de sangre y la responsabilidad histórica de haber entregado las riquezas del país y el poder político a una camarilla oligárquica, asociada con los capitales extranjeros.² Con matices, esa fue la interpretación prevaleciente en la historiografía de la Revolución Mexicana, desde la construcción periódica exagerada y unilateral de John Keneth Turner hasta la mayoría de los estudios académicos elaborados todavía en la década de 1970.

En contrapartida, desde las postrimerías del Porfiriato hubo una historiografía proporfirista laudatoria y panegirista, que exaltó la paz, la estabilidad y el orden alcanzados por el régimen, elementos que fueron la condición que permitió los impresionantes logros materiales creados durante su larga permanencia en el poder. Díaz aparecía en esa historiografía como el constructor de la nación mexicana, como el arquitecto del progreso y el artífice de la modernidad y el respeto de México ante el mundo. Esa interpretación partió desde la monumental obra colectiva *México, su evolución social*, dirigida por Justo Sierra, y se nutrió con las obras de destacados intelectuales porfiristas como el propio Justo Sierra y Francisco Bulnes, y continuó con los trabajos apologeticos de extranjeros como Hubert H. Bancroft y James Creelman, autor éste de *Díaz, master of Mexico*, libro publicado en inglés en 1911 que hoy ve por

2 Como ha señalado Enrique Krauze en su breve y polémico escrito “Diez mentiras sobre Porfirio Díaz”, la historia oficial suprimió al Díaz héroe de la Patria, triunfador sobre los franceses y recogió solamente al dictador. Enrique Krauze, *Proceso*, México, v. 822, 3 de agosto de 1992.

primera vez la luz en español, por iniciativa del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.³ Esa historiografía porfirista inicial fue opacada durante decenios por la historiografía de la Revolución, que construyó una visión antitética del Porfiriato, y sólo resurgió con fuerza a mediados de la década de los ochenta del siglo pasado una nueva visión de Díaz y su régimen que cuestionó seriamente la imagen creada por la historiografía de la Revolución y que hizo un balance más medido y objetivo sobre ellos. Cabe subrayar que esa revisión historiográfica del porfirismo ha tenido una gran vitalidad en las últimas décadas y algunos de los mejores trabajos que se han hecho sobre esa etapa y sobre los inicios de la Revolución, como el magistral texto de François-Xavier Guerra, *México, del antiguo régimen a la revolución*, se inscriben dentro de esta corriente reinterpretaiva.⁴

En el primer centenario de la caída de Porfirio Díaz y del estallido de la Revolución Mexicana, la nueva historiografía del Porfiriato debe hacer un balance histórico que, en la medida de lo posible, se aleje de las simpatías y los odios que Díaz sigue provocando, que pondere los logros y méritos de su figura y de su obra, que sea capaz de reconocerlos y, al mismo tiempo, que valore también, con ojo crítico, las deficiencias y daños que ocasionó el autoritarismo, la desigualdad social y la ausencia de libertades políticas que prevalecieron durante su mandato.

Estas líneas no pretenden hacer ese balance sino solamente señalar algunas de las consideraciones que deben tomarse en cuenta para realizar ese ejercicio necesario de valoración histórica de Porfirio Díaz y de su época.

3 Justo Sierra (director literario), *México, su evolución social*, 3 v., México, J. Ballezá, 1900-1902; Francisco Bulnes, *El verdadero Díaz y la revolución mexicana*, México, Eusebio Gómez de la Fuente, 1920; Hubert H. Bancroft, *Life of Porfirio Díaz*, San Francisco, The History Co. Publications, 1887; James Creelman, *Díaz, master of Mexico*, Nueva York, D. Appleton and Co., 1911.

4 Entre las obras más destacadas que ofrecieron una nueva visión de Díaz y el Porfiriato están: Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México*, México, Editorial Hermes, 10 v., 1955-1972; François-Xavier Guerra, *México, del antiguo régimen a la revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 2 v., 1988; y Paul Garner, *Porfirio Díaz: del héroe al dictador*, México, Planeta, 2003.

En primer lugar, cualquier valoración del Porfiriato debe partir del reconocimiento de que Porfirio Díaz fue, hasta su ascenso al poder, uno de los principales héroes en la lucha contra el Imperio francés y en la restauración de la República. Como gobernante, luego de décadas de inestabilidad política, guerras civiles internas y externas contra Estados Unidos y Francia que amenazaron seriamente la permanencia y la integridad de la nación mexicana, tuvo la capacidad de construir un sistema político en el que la autoridad del poder central logró someter a los caudillos y poderes regionales e imponer la hegemonía del Estado nacional por primera vez en el siglo XIX mexicano. Como ha demostrado uno de los mejores historiadores del Porfiriato, François-Xavier Guerra, Díaz consolidó su poder a fines de la década de 1880 imponiéndose a los caudillos militares rivales, a las elites, a los grupos populares y a los poderes regionales mediante un hábil mecanismo de equilibrios entre las elites locales y regionales, así como a través de la presencia y la intervención del ejército y la imposición de sus hombres de confianza al frente de los poderes locales cuando era necesario. De esa manera, Díaz logró fortalecer el Estado nacional a costa de las regiones y de los poderes locales. Ese proceso, empero, no significó que la estabilidad y la paz porfirianas hayan sido absolutas, que dejara de haber protestas, resistencia, movilizaciones y aun rebeliones, y que la dominación dejara de ser un proceso de negociación permanente entre el poder político y los distintos grupos sociales.⁵

La estabilidad política lograda por el régimen de Díaz fue acompañada de políticas públicas impulsadas por la clase gobernante en las que el Estado se convirtió en el principal instrumento para promover

5 François-Xavier Guerra, *op. cit.*, t. I. p. 74-125. Paul Garner ha escrito que el poder de Díaz era menos absoluto de lo que se ha presentado y que su ejercicio era parte de un proceso continuo de negociación. La política era una combinación de prácticas autoritarias que incluían la represión, en caso necesario, con la mediación, manipulación y conciliación, que eran más importantes para el buen desempeño de su administración. Entre las estrategias implementadas, estuvo “el mantenimiento de un delicado equilibrio entre la autoridad central y la estatal, quizás el problema político más inextricable en México durante el siglo XIX”. Paul Garner, *op. cit.*, p. 76-77.

el desarrollo económico, asumiéndose como el motor del crecimiento y en el modernizador de las estructuras y de las relaciones sociales. Ese proyecto, que tenía por objetivo la creación de un Estado nacional laico y establecer los fundamentos de una sociedad moderna basada en los principios liberales —en expansión en el mundo desde la Independencia de los Estados Unidos y la Revolución Francesa—, se ha subrayado, fue un proceso de larga duración que arrancó con las reformas borbónicas de fines del siglo XVIII, continuó con altibajos durante el agitado siglo XIX promovido por las facciones liberales y, finalmente, luego de la restauración de la república y las Leyes de Reforma, pudo ser realizado con mayor éxito por el régimen porfiriano. Habría entonces un proceso continuo, de larga duración, que conectaría a la época colonial con el Porfiriato basado en el paradigma liberal y que tendría en el Estado y en las políticas públicas a su eje articulador y a su principal impulsor, lo cual contradice o al menos matiza la visión tradicional en la historiografía porfirista de haber sido un Estado de *laissez faire, laissez passer*.⁶ En ese largo proceso secular, la Independencia y las guerras civiles y de Reforma, así como la guerra contra las potencias extranjeras, habrían sido interrupciones temporales, en algunos casos, y catalizadores de la modernización económica, política y social, en otros. La longevidad del régimen porfiriano, en lugar de ser indicativa de su fuerza represiva y del atraso de la sociedad mexicana, sería una muestra, más bien, de su eficacia y de su capacidad de imponer los consensos básicos entre los principales poderes nacionales y regionales y de imponer su hegemonía al conjunto de los grupos y de las clases.

Ese proceso de modernización y consolidación del Estado y de la unidad nacional, empero, no fue un proceso lineal ni exento de tensiones y contradicciones. Guerra, una vez más, ha tenido la virtud de mostrar cómo el proyecto de las élites modernizadoras tuvo un impacto

⁶ Enrique Krauze ha señalado que el Estado liberal porfiriano, si bien dentro del paradigma político del liberalismo no entendió ni resolvió la cuestión social —como tampoco la resolverían los gobiernos emanados de la Revolución Mexicana—, sí aplicó políticas sociales en materia de salud y servicios públicos que no se pueden desdeñar. Véase Krauze, “Diez mentiras...”, *op. cit.*

UNAM - IIH

disruptivo con la mayoría de la sociedad mexicana, la cual, a pesar de la Independencia y la Reforma, seguía siendo una sociedad tradicional, rural, católica, con un porcentaje muy alto de población indígena, con una sociabilidad, politicidad y aplicación de la justicia basada, en buena medida, en usos y costumbres, en autoridades tradicionales, en cacicazgos, con fuertes vínculos de consanguinidad y amistad en las relaciones entre las personas y aún con fuertes resabios de corporativismo. Esa sociedad tradicional, acostumbrada a actuar como una multiplicidad local de sujetos colectivos, de elites y sus clientelas, y de corporaciones, era ajena y refractaria al paradigma de las elites liberales de crear una sociedad de individuos atomizados, de propietarios individuales, de ciudadanos iguales en términos formales y jurídicos ante la ley con sólidas instituciones políticas y organizaciones representativas modernas. Si algo explica la evolución y el éxito relativo del Porfiriato, así como los límites y obstáculos que no pudo superar y que provocaron su caída final, fue justamente la esquizofrenia y el abismo entre el proyecto liberal de las elites y del Estado nacional y la forma de organización y de actuación de la sociedad tradicional, separación que se expresaba periódicamente, por ejemplo, con el ritual electoral, en el que las elites nacionales y locales participaban y movilizaban a sus clientelas y hacían que éstas legitimaran su elección como sus representantes políticos, proceso que Guerra, atinadamente, ha descrito como la “ficción democrática”.⁷

Aunque no debe exagerarse, la consolidación de este proceso y su implantación en todos los ámbitos de la vida social, política, económica y cultural, era un proyecto en curso que provocó múltiples tensiones y resistencias a lo largo del periodo porfiriano y que estuvo en la base de la gran movilización social de 1910 que le puso fin al régimen porfiriano. La energía social que se desbordó entonces se había ido acumulando a lo largo de las tres décadas anteriores y ya no pudo ser contenida como lo había sido en los años de gloria del régimen de Díaz.

7 Véase la sugerente y bien armada primera parte del libro citado de Guerra, denominada “Ficción y realidad de un sistema político”, especialmente los capítulos “III. Vínculos y solidaridades”, y “IV. Pueblo moderno y sociedad tradicional”. Guerra, *op. cit.*, t. I, p. 29-245; Garner, *op. cit.*, p. 86-90.

Y, como lo han señalado varios de los principales estudiosos del Porfiriato, éste tuvo al menos tres etapas diferentes muy marcadas. Una primera, fue su ascenso al poder y el sometimiento de todos los poderes y caudillos regionales que lo desafiaron. Fue un periodo marcadamente militarista que se apoyó en el ejército y en la generación de generales que lo acompañaron en sus dos rebeliones contra Juárez y Lerdo, quienes tuvieron un papel clave al hacerse cargo de las gubernaturas estatales y de las jefaturas de las zonas militares. En esa etapa afianzó su poder nacional indiscutible e indisputado, y estuvo plenamente establecida hacia comienzos de la década de 1890. El ejercicio del poder de Díaz, ha escrito Paul Garner, fue altamente personalista y se apoyó en su habilidad para establecer y mantener amistades y lealtades que consolidaron una relación de patronazgo con sus fieles. Su estrategia fue debilitar paulatinamente el poder de los gobernadores y mantener el equilibrio entre los poderes y las elites regionales y no dudó en emplear al ejército para desactivar cualquier desafío a la autoridad central.⁸

La segunda etapa fue la de mayor esplendor del régimen de Díaz y significó un viraje con respecto a la anterior. Si en la primera había predominado la política y el control de los hombres y de las armas, en la segunda, sin grandes desafíos, lo que predominó fue la administración. Los actores decisivos ya no fueron los viejos generales porfiristas, sino la brillante generación de intelectuales orgánicos y administradores del gobierno federal, conocida como los *científicos*, capitaneada por José Yves Limantour y por Justo Sierra, quienes se hicieron cargo de la definición y aplicación de políticas públicas modernizadoras y desarrollistas y fueron quienes hicieron eficiente al gobierno porfiriano y legitimaron la permanencia prácticamente vitalicia de Díaz en el poder, en lo que Daniel Cosío Villegas calificó, con agudeza, como el *necesariato*.⁹

8 Garner llama a la primera etapa del Porfiriato como la del liberalismo pragmático, y subraya que entonces Díaz tuvo un “claro compromiso con los principios liberales puros”. *Op. cit.*, p. 80-86 y 90-95.

9 Ver el análisis que hace Álvaro Matute “A cien años, Porfirio Díaz”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, v. 7,

El régimen devino dictadura y Porfirio Díaz concentró en sus manos los hilos de la política nacional y buena parte de la política local. Se rodeó de administradores competentes y obtuvo el apoyo y la adulación de los más importantes intelectuales de la época que fueron cooptados por el régimen y se volvieron sus pilares ideológicos. Uno de los más lúcidos y mordaces de ellos, Francisco Bulnes, justificando las reelecciones periódicas de Díaz, llegó a escribir: “El buen dictador es un animal tan raro que la nación que posee uno debe prolongarle no sólo el poder sino la vida.”¹⁰

Justo Sierra, uno de los más prominentes intelectuales porfiristas, fue quizá el que justificó con mayor claridad la concentración absoluta del poder en Díaz y, al mismo tiempo, advirtió los peligros que ello entrañaba:

La reelección significa la presidencia vitalicia, es decir, la monarquía electiva con un disfraz republicano y tiene inconvenientes supremos [...] el primer aspecto que no hay modo posible de conjurar es el riesgo de declararnos impotentes para eliminar una crisis que puede significar retrocesos, anarquía y cosecha final de humillaciones internacionales si usted llegase a faltar, de lo que nos preserven los hados [...] En la República Mexicana no hay instituciones, hay un hombre; de su vida depende paz, trabajo productivo y crédito.¹¹

La concentración absoluta del poder en Díaz se convirtió así no sólo en el pilar del régimen sino también en su principal debilidad. La tercera y final etapa del Porfiriato comenzó con el nuevo siglo y en ella afloraron las limitaciones y contradicciones generadas en las etapas anteriores. A diferencia de los periodos previos, en los que Díaz había tenido la habi-

1979, p. 189-193; Guerra, *op. cit.*, t. I, p. 378-395; Javier Garciadiego, *Introducción histórica a la Revolución Mexicana*, México, Secretaría de Educación Pública/El Colegio de México, 2006, p. 7-12.

¹⁰ Francisco Bulnes, citado en Enrique Krauze, “Porfirio Díaz. El ascenso del mestizo”, en *Siglo de caudillos*, México, Tusquets, 2005, p. 320.

¹¹ Enrique Krauze, *Siglo de caudillos*, *op. cit.*, p. 320.

UNAM - IHH

lidad de establecer equilibrios y contrapesos con los distintos poderes y elites regionales, en la etapa final se inclinó por los *científicos*, a los que confió no sólo la administración sino también la política, haciendo a un lado a poderosos grupos y corrientes nacionales, el más importante de los cuales fue sin duda el reyismo. El régimen porfirista envejeció junto con su líder, se fue anquilosando, perdió la permeabilidad y capilaridad política de los años previos y se agudizó su carácter excluyente. Díaz mismo se fue quedando solo ante la desaparición física y el envejecimiento de la generación con la que había conquistado el poder. La administración pública monopolizada por los *científicos* careció de la sensibilidad y habilidad política para resolver los nuevos desafíos creados por la modernización y fue rebasada por la conjunción de factores como el crecimiento de las clases medias urbanas, la movilización de los trabajadores, la protesta de elites regionales desplazadas y el desafío de las oposiciones políticas que, en un amplio espectro, reclamaron nuevos espacios y enarbolaron demandas que no pudieron ser canalizadas por el sistema político. Además, como todos los regímenes autoritarios y personalistas, el sistema político porfiriano no pudo resolver el problema de la sucesión de Díaz y no estaba preparado para manejar su relevo de manera institucional y pacífica y esa incapacidad e incertidumbre tuvieron un papel relevante ante los signos de senectud y enfermedad de Díaz y las respuestas insuficientes que dio a los desafíos inéditos originados por el reyismo y el maderismo entre 1908 y 1910. A ello se sumaron los efectos de la crisis económica de 1906-1908 no sólo en el país, sino también en los Estados Unidos, que arrojó al desempleo a miles de mexicanos que laboraban en el vecino país, los cuales se vieron obligados a regresar y se convirtieron en un elemento de presión al no encontrar trabajo e ingresos en la alicaída economía nacional. La imposibilidad de resolver la sucesión de Díaz dividió y enfrentó a los dos grandes grupos políticos nacionales, los reyistas y los *científicos* y ante esa división surgieron un personaje y un movimiento inéditos y atípicos: Madero y el antirreeleccionismo. Madero, cuya familia era una de las más acaudaladas del país, resultó ser un líder carismático y arrojado, que no se había formado dentro del sistema político porfiriano y no respetaba sus reglas y prácticas y que

tuvo la capacidad de aglutinar y canalizar el descontento de una vasta coalición multiclasista y multirregional que, luego de una exitosa campaña y movilización electoral, se convirtió en una rebelión rural que rebasó al régimen porfiriano y le puso fin en sólo seis meses a un régimen que parecía invencible y que demostró su fragilidad. Esa etapa final del Porfiriato, paradójicamente, como lo ha señalado Paul Garner, en la que el régimen fue rebasado por las demandas, movilizaciones y desafíos de nuevos actores y grupos, se convirtió en la imagen prevaleciente en la historiografía revolucionaria, que construyó una leyenda negra del Porfiriato y legitimó su dominación a partir de la negación y superación del régimen de Díaz.¹²

Dentro de ese panorama general del Porfiriato deben destacarse también algunos aspectos particulares sobre los que se ha escrito mucho y en los que las nuevas investigaciones matizan muchos de los juicios y visiones anteriores del régimen de Díaz y que ayudan a comprender mejor todo el periodo.

El campo, las haciendas y las comunidades campesinas. Tradicionalmente se ha sostenido que durante el Porfiriato tuvo lugar un proceso de desarrollo del capitalismo en el campo basado en la gran propiedad hacendaria, proceso que había comenzado desde la colonia y se había agudizado durante el siglo XIX como consecuencia de la ofensiva del liberalismo contra las tierras de las comunidades campesinas. Las Leyes de Reforma, a través de la desamortización de las tierras de la iglesia y de las comunidades, así como las Leyes de Baldíos porfirianas, habrían sido las puntas de lanza de esa ofensiva cuyo resultado habría sido la concentración de las mejores, más productivas y fértiles tierras en manos de unos cuantos hacendados, quienes habrían acaparado también la

12 Guerra, *op. cit.*, t. II, p. 79-96 y 101-325; Garcíadiego, *op. cit.*, p. 12-19. Paul Garner ha señalado que la interpretación del Porfiriato se hizo con una óptica distorsionada de su última etapa, con lo que se acentuaron sus fallas y debilidades y se opacaron sus logros. En esa etapa final, las respuestas del régimen de Díaz ante los desafíos fueron “inadecuadas, insuficientes, anacrónicas y represivas y evidenciaron su fragilidad, pero no fueron representativas de todo lo que había sido el Porfiriato”. Ver, Garner, *op. cit.*, p. 193-195.

utilización de los mejores recursos acuíferos del país. Esa imagen prevaliente en la mayor parte de la historiografía porfirista y revolucionaria, sin embargo, ha sido matizada por las investigaciones monográficas de las últimas décadas sobre la evolución agraria de las distintas regiones. Lo que han mostrado esos estudios regionales más recientes ha sido un proceso mucho más complejo y diferenciado del desarrollo de la propiedad rural tanto en la época colonial como en el siglo XIX.

Luego de la despoblación indígena de las zonas centrales del territorio novohispano y de la desaparición de numerosos poblados, los colonos españoles particulares y las órdenes mendicantes ocuparon buena parte de esos espacios vacíos en el siglo XVI. Sin embargo, con la recuperación demográfica de los siglos XVII y XVIII las poblaciones indígenas y mestizas quisieron reocupar sus antiguos asentamientos, con lo cual dio inicio una larga batalla secular en los tribunales agrarios. El resultado de esa lucha, en términos generales, significó la pérdida legal de sus tierras para la mayoría de las comunidades campesinas, quienes se vieron obligadas a desplazarse hacia las zonas periféricas, áridas o boscosas, aunque siguieron reclamando sus derechos de propiedad originales. En ese proceso, emergió la gran propiedad hacendaria como el factor dominante en el agro novohispano. No obstante, eso no significó la desaparición de las comunidades campesinas, muchas de las cuales lograron conservar al menos parte de sus tierras y de sus recursos naturales, mientras que otras establecieron una relación simbiótica con las haciendas a través de la renta o arrendamiento de una parte de ellas y del empleo estacional de la mano de obra campesina en las grandes explotaciones agrícolas y ganaderas. En algunas regiones, los pueblos pudieron reconstituirse y se dio también un crecimiento y desarrollo de pequeñas y medianas propiedades agropecuarias, conocidas como ranchos, en zonas densamente pobladas como el Bajío. De hecho, desde mediados del siglo XIX y el fin del Porfiriato hubo un crecimiento notable en el número de pueblos en el país, particularmente en las zonas más pobladas y con mayor dinamismo.¹³

13 Cheryl English Martin, *Rural Society in Colonial Morelos*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1985, p. 23-94, 110-116, 163-169; Horacio Crespo, "La

En el siglo XIX, el paradigma liberal acentuó su ofensiva contra la propiedad colectiva, considerada como la base de la sociedad estamental. Aunque algunos pueblos desaparecieron y otros perdieron la posesión de sus tierras, no puede afirmarse, de acuerdo con la información disponible en los estudios más recientes del agro en el siglo XIX y durante el Porfiriato, que en ese periodo haya tenido lugar un proceso masivo de despojo de la propiedad agraria de los pueblos, aunque es indiscutible que en algunas regiones eso ocurrió, pero no fue generalizado. Se ha sostenido que durante el régimen de Díaz las compañías deslindadoras privatizaron 39 millones de hectáreas que fueron a parar en manos de especuladores y terratenientes. Empero, Holden, quien ha sido el único que ha estudiado a nivel nacional ese proceso de deslinde, ha mostrado que sólo 40% de las compañías recibió terrenos y que muchos de los pueblos cuyas tierras fueron denunciadas se defendieron legalmente ganando los litigios. Del mismo modo, muchos pueblos ofrecieron resistencia firme oponiéndose violentamente a la pérdida de sus tierras y lograron mantener la posesión de ellas. El extremo de esa resistencia fueron las rebeliones indígenas y campesinas que tuvieron lugar en ese periodo, las más emblemáticas de las cuales fueron las de los indios yaquis y mayos, así como las de los mayas de Yucatán.¹⁴

La imagen de las haciendas porfirianas como instituciones feudales que mantenían en condiciones de semiesclavitud a los peones acasillados y ejercían derechos señoriales sobre sus cuasi-siervos, difundida por la novela, la pintura y el cine de la Revolución, es una imagen que no corresponde al campo mexicano de la época, si bien en algunas fincas

diferenciación social del campesinado. Una perspectiva teórica”, tesis de maestría en estudios latinoamericanos, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1981, p. 160, y “La hacienda azucarera del estado de Morelos: modernización y conflicto”, tesis de doctorado en estudios latinoamericanos, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1996, p. 13-14, 143-180, 422-475; Felipe Ávila Espinosa, *Los orígenes del zapatismo*, México, El Colegio de México, 2001, p. 50-68.

¹⁴ Guerra, *op. cit.*, t. II, p. 263-266, 269-273 y 179-282; Garner, *op. cit.*, p. 187-190; R. Holden, *Mexico and the Survey of Public Lands: the Management of Modernization, 1876-1911*, DeKalb, Northern Illinois University Press, 1994.

del sureste, en regiones como Oaxaca, Chiapas y Yucatán, la escasez de mano de obra hizo que los dueños establecieran mecanismos coactivos de sometimiento de la fuerza de trabajo y ocurrió también una deportación masiva de indígenas yaquis y mayos hacia los campos henequeneros de Yucatán en donde fueron enganchados a duras faenas agrícolas en condiciones de extrema precariedad.

Sin embargo, el desarrollo de la agricultura capitalista en el país adquirió diversas modalidades según las distintas regiones, cultivos, tipos de propiedad, tecnologías, escalas y mercados. En el campo morelense, por ejemplo, arquetípico por ser la zona en la que surgió y se arraigó el zapatismo, el movimiento agrario por antonomasia de la Revolución, en contraposición a la visión tradicional de una rebelión agraria de peones y campesinos sin tierra exasperados por los despojos de las grandes haciendas azucareras, los estudios más recientes han mostrado no un despojo tradicional, sino la cancelación de la posibilidad de que las comunidades campesinas pudieran seguir rentando las tierras marginales de las haciendas, en virtud de la modernización productiva que éstas tuvieron y de la ampliación del mercado del azúcar. Los campesinos zapatistas, al menos en un primer momento, habrían sido entonces no campesinos desposeídos de sus tierras sino arrendatarios privados de la posibilidad de seguir rentando tierras de las haciendas.¹⁵

La hacienda, demonizada también por la historiografía de la Revolución, en los nuevos estudios monográficos aparece más bien como una institución compleja, capitalista, vinculada a los mercados, en vías de modernización y eficiencia productiva, integrada y en la que, a pesar de todo, seguían existiendo relaciones patriarcales y paternalistas con sus trabajadores, quienes tenían estabilidad laboral e ingresos superiores a muchos de los campesinos libres, lo cual explicaría, al menos en parte, que en distintas regiones y periodos de la Revolución, los trabajadores y peones de las haciendas no se sumaran a la misma y que, al contrario, hayan tomado las armas para combatir junto con sus amos a las fuerzas revolucionarias.¹⁶

15 Horacio Crespo, "La hacienda...", *op. cit.*, p. 350-366 y 422-475.

16 Friedrich Katz, *La servidumbre agraria en la época de Díaz*, México, Era, 1980.

Inversamente, los nuevos estudios han mostrado cómo la visión tradicional de los pueblos como entidades holísticas con una gran homogeneidad y cohesión era una imagen romántica que no correspondía a la realidad de los pueblos en los que la estratificación de sus habitantes, la polarización de la riqueza y del poder, los conflictos, las rivalidades y la competencia tanto al interior como al exterior de las poblaciones eran factores presentes desde tiempo atrás que impedían la generalización e idealización de sus habitantes y cuyas complejidades y diferencias explicarían, también, sus comportamientos, estrategias y alianzas diferenciados antes y después de la Revolución.

Con todos estos elementos se advierte lo difícil que es hacer clasificaciones demasiado generales, así como juicios maniqueos sobre el desarrollo del campo durante el Porfiriato y sobre sus principales actores e instituciones. Algunas conclusiones, empero, pueden aventurarse dentro de este amplio mosaico de variedades regionales. En primer lugar, estaba en curso una vía de desarrollo del capitalismo agrario basado en la gran propiedad hacendaria pero no en formas extensivas de explotación de la tierra y en el rentismo, sino en formas intensivas de utilización de los factores productivos, incluyendo inversiones en capital, modernización tecnológica y de transportes, creación de infraestructura hidráulica y una fuerte tendencia hacia la utilización de mano de obra asalariada así como la apertura de tierras marginales para nuevos cultivos comerciales en auge y ganadería. Las haciendas más productivas hacia el final del periodo porfirista no fueron las más grandes sino las que pudieron integrarse productivamente y hacer un uso más eficiente de todos esos factores.¹⁷

Esa tendencia de desarrollo del capitalismo basado en la gran propiedad agrícola fue quebrada por la Revolución, que anuló la viabilidad de la hacienda y abrió el paso para una forma de desarrollo del capitalismo agrario híbrida, que combinó la vía *farmer* con el resurgimiento

17 Horacio Crespo, "La hacienda,...", p. 336-343, 372-382 y "La diferenciación...", p. 136-146; Felipe Ávila Espinosa, *op. cit.*, p. 74-82; Enrique Florescano, "La reinterpretación del siglo XIX", en *El nuevo pasado mexicano*, México, Cal y Arena, 1991, p. 58-59.

de la economía campesina comunal y ejidal, a la que el nuevo artículo 27 de la Constitución proclamada en Querétaro en 1917 le dio un segundo impulso de largo plazo que le permitió tener un papel protagónico, aunque menguante, a lo largo del siglo XX.¹⁸

El crecimiento económico, la industrialización y la política laboral. Uno de los mayores logros del Porfiriato fue el notable y sostenido crecimiento económico que alcanzó el país durante los años de mayor esplendor del régimen. Aun los críticos más acervos de Díaz han reconocido que durante su gobierno la economía del país conoció un crecimiento sin precedentes. Las tasas de crecimiento anual de la economía mexicana en esos años no se habían alcanzado en todo el siglo XIX y no se volverían a alcanzar sino hasta los años dorados del desarrollo estabilizador, luego de la Segunda Guerra Mundial.

Ese crecimiento estuvo basado en varios factores: a mediados del siglo XIX el país era una multitud de regiones desconectadas entre sí, con mercados de autoconsumo y unos pocos enclaves conectados a los mercados internacionales, básicamente la minería y la agricultura de exportación. Los ferrocarriles hicieron posible la vinculación entre las regiones productoras de alimentos y materias primas con las zonas de consumo y con los puertos y fronteras. El auge del capitalismo a fines del siglo antepasado y la incorporación exitosa a los mercados internacionales de materias primas y metales hicieron posible arrastrar a otros sectores económicos vinculados a las ramas más dinámicas. Una política industrial y de comunicaciones que alentó la inversión nacional y extranjera permitió el arribo de importantes capitales que se canalizaron justamente a los sectores más dinámicos: minería, ferrocarriles, petróleo, banca, industria textil, algodón y henequén. El crecimiento económico permitió el incremento demográfico y alentó los flujos migratorios y el desarrollo de las regiones más dinámicas del norte, el noroeste, el Golfo de México y las zonas fronterizas con los Estados Unidos. La política de Díaz, como ha señalado Enrique Krauze, no sólo no hipotecó la

18 Alan Knight, *The Mexican Revolution*, 2 v., 1986, Lincoln, University of Nebraska Press, v. 1, p. 5-32.

economía nacional sino que el funcionamiento de ésta haría palidecer a la política económica de los gobiernos posrevolucionarios que nunca tuvieron esos números: con una versión heterodoxa de liberalismo, Díaz y Limantour hicieron crecer la agricultura, la minería y la industria, lograron que fluyera la inversión extranjera, se buscó equilibrar la de los Estados Unidos con la europea y se abolieron las alcabalas, entre otras importantes medidas.¹⁹

Los resultados de esos factores fueron notables: durante todo el Porfiriato el PIB creció a una tasa anual de 2.6% y, durante la última década del gobierno de Díaz, a una tasa de 3.3%. Algunos sectores lo hicieron a ritmos marcadamente mayores, como la minería que creció a tasas de 7.3% o la agricultura exportadora, a 6%. De manera todavía más significativa, la red nacional de ferrocarriles creció 12% anualmente durante el Porfiriato y se llegó a construir durante su gestión casi 19 mil kilómetros de vías férreas.²⁰

A pesar de estas cifras, como lo han subrayado los estudiosos del periodo, el crecimiento fue muy desigual, con profundos desequilibrios regionales y enormes rezagos en niveles de bienestar para la mayoría de la población que siguió estando al margen del progreso, particularmente en las zonas rurales y en las periferias de las principales ciudades, donde emigraron miles de personas en busca de mejores oportunidades de vida. No obstante ello, el Porfiriato significó la ampliación y consolidación de una etapa de modernización económica, de establecimiento de nuevas industrias y servicios, de ampliación del mercado interno, de fortalecimiento de los sectores exportadores y de generación de riqueza que no tenía precedentes desde la época colonial. Ese proceso estuvo en la base del notable incremento demográfico, de la marcada estratificación social, de la urbanización, del crecimiento de las nuevas clases medias y de la contrastante diferenciación regional.²¹

19 Enrique Krauze, "Diez mentiras...", *op. cit.*

20 Paul Garner, *op. cit.*, p. 163-191; John Coatsworth, *El impacto económico de los ferrocarriles en el Porfiriato*, México, Era, 1984, p. 36-37.

21 Guerra, *op. cit.*, t. II, p. 324-337; Garner, *op. cit.*, p. 165-185.

El Porfiriato ha sido visto también como un régimen con una política laboral pro patronal, represivo e impermeable ante las demandas de los trabajadores. Se le ha calificado, sobre todo, por la represión a las huelgas de Cananea y Río Blanco y la actuación del régimen en esos dos acontecimientos se ha hecho extensiva a todo el gobierno de Díaz. Sin embargo, en este como en otros temas del régimen de Díaz no se pueden hacer simplificaciones y, de nuevo, las investigaciones de las últimas décadas sobre el movimiento y la política laborales en esa época muestran un escenario más complejo. Si bien es cierto que la política laboral de Díaz no puede calificarse como una a favor de los trabajadores y que más bien se inscribe dentro del paradigma liberal de la época, en la que el Estado asumía como su responsabilidad crear las condiciones necesarias para promover la inversión y el crecimiento económico, crear la infraestructura necesaria y garantizar la estabilidad social, también es cierto que el Estado porfiriano no se ciñó siempre a la ortodoxia liberal y que tuvo rasgos notables de ser un Estado interventor que, en su etapa final, asumió el control de sectores clave como los ferrocarriles, que fueron nacionalizados en la primera década del siglo XX.

Dentro del paradigma liberal del *laissez faire, laissez passer* la administración de Díaz no puede calificarse tampoco como neutral ante las relaciones laborales, en términos generales y menos aun ante los conflictos que tuvieron lugar en ese ámbito. Por el contrario, el gobierno de Díaz se caracterizó por su constante intervención y seguimiento de las situaciones conflictivas, de manera directa o mediante los gobernadores y jefes políticos. A Díaz le preocupaba ante todo la paz social y la desactivación de los conflictos, por lo cual, en diversos momentos puso en práctica una política que iba desde la vigilancia y cooptación de líderes de los trabajadores, y las presiones a diarios y periodistas comprometidos con las luchas laborales, hasta su intervención directa para la solución de conflictos que no habían podido ser desactivados antes. En esos casos, la mayoría de las veces buscó una mediación que satisficiera a ambas partes y no fueron pocas las veces en que buscó que los patrones aceptaran las demandas de los trabajadores. Cuando los conflictos rebasaban los marcos legales, no dudó en utilizar la represión.

La política laboral de Díaz, además, fue evolucionando a la par que variaban las condiciones y las necesidades económicas y políticas del régimen. De una postura liberal más ortodoxa en la década de 1880 fue transformándose en una de carácter más intervencionista y mediadora en las relaciones obrero-patronales. Incluso, gobernadores porfiristas como Bernardo Reyes en Nuevo León, Teodoro Dehesa en Chihuahua y Guillermo de Landa y Escandón en el Distrito Federal, se distinguieron por promover leyes laborales que buscaron garantizar los derechos de los trabajadores, mejorar sus condiciones de vida, establecer reglamentos que normaran la jornada de trabajo y los accidentes laborales. Además, en algunos de los mayores conflictos que se presentaron en sus estados al finalizar el siglo XIX y en la primera década del XX, sus gobiernos actuaron como mediadores y buscaron encontrar soluciones que pasaban por vencer la resistencia de los patrones a conceder algunas de las demandas más sentidas por los trabajadores. El último gobernador porfirista en el Distrito Federal, Landa y Escandón, tuvo de manera significativa un notable activismo dentro del mundo laboral y promovió y patrocinó a la que fue quizá la mayor organización laboral de fines del Porfiriato, la Sociedad Mutualista y Moralizadora de Trabajadores del Distrito Federal.²²

El análisis sobre la política obrera del Porfiriato debe hacerse, además, tomando en cuenta tanto al movimiento laboral, a sus organizaciones, ideología, tradiciones y prácticas, como a la parte patronal, así como las relaciones y tensiones entre unos y otros. Con respecto al primero, debe considerarse que el desarrollo industrial del país era todavía muy incipiente, que no había aún la gran industria fabril que se establecería décadas después de la Revolución, que la gran mayoría de los trabajadores de la época eran artesanos y que lo que podrían considerarse como los sectores de punta de la industria eran las fábricas textiles, la

22 Rodney Anderson, *Outcasts in their own land: mexican industrial workers, 1906-1911*, DeKalb, Northern Illinois University Press, 1976; Felipe Ávila Espinosa, "La Sociedad Mutualista y Moralizadora de Obreros del Distrito Federal", en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, v. XLIII, 1993, p. 117-154.

minería, el petróleo y los ferrocarriles. Las organizaciones laborales se habían desarrollado desde mediados del siglo XIX y eran, en su inmensa mayoría, de carácter mutualista. El mutualismo era el paradigma organizativo e ideológico predominante en el mundo del trabajo de la época y, si bien existía una tradición más radical cercana al anarcosindicalismo, era ésta una corriente marginal que tenía influencia solamente en sectores artesanales en algunas de las regiones de la República. El movimiento laboral de influencia socialista era todavía más marginal y exiguo. En contraste, en los últimos años del Porfiriato se desarrolló y extendió una corriente que tuvo gran peso originada por el movimiento social cristiano que, dentro del mutualismo y el humanismo promovido por la parte más comprometida socialmente del clero católico, logró un impacto significativo en el centro y el occidente del país y creó, al finalizar el Porfiriato, la que posiblemente era la mayor organización laboral de la República: la Unión Católica Obrera, que sería barrida por la Revolución.²³

En el Porfiriato, el notable crecimiento económico permitió también la formación y consolidación de importantes ramas productivas, bancarias y de servicios así como grupos empresariales y hombres de negocios, tanto nacionales como extranjeros. La inversión extranjera fluyó de manera creciente y se colocó en los sectores más dinámicos y rentables: minería y petróleo, ferrocarriles, comercio, banca, agricultura y ganadería de exportación. Díaz alentó no sólo las inversiones estadounidenses, sino que buscó contrapesarlas con inversiones de capitales europeos, principalmente ingleses y franceses. Paralelamente, hubo también el desarrollo de importantes grupos y familias empresariales mexicanas que impulsaron el crecimiento de nuevos polos de desarrollo

23 Felipe Ávila Espinosa, "Organizaciones, influencias y luchas de los trabajadores durante el régimen maderista", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, v. XXVIII, 1998, p. 122-170, y "Una renovada misión, las organizaciones católicas de trabajadores entre 1906 y 1911", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, v. 27, enero-junio de 2004, p. 61-94.

regional como Monterrey y La Laguna en el norte, y que consolidaron sectores vinculados a los mercados de exportación, como la ganadería y el algodón en el norte y el henequén en la península yucateca. Los bancos, comercios y algunas de las industrias más sólidas como la textil y la tabacalera atrajeron también a hombres de negocios mexicanos, algunos de los cuales eran de ascendencia española.²⁴

La crisis final

El régimen de Porfirio Díaz, que parecía incommovible y que celebró su apoteosis durante las fiestas del Centenario de la Independencia de México en septiembre de 1910, cayó estrepitosamente ocho meses después, rebasado por una revolución popular de carácter predominantemente agrario a la que llamó Francisco I. Madero, miembro de una de las familias más acaudaladas del norte del país. Ha sorprendido a los estudiosos del Porfiriato que un sistema político que había sido capaz de mantenerse en el poder por más de tres décadas y que había sometido a todos los caudillos y poderes regionales que lo habían desafiado se derrumbara con tanta facilidad ante una rebelión que, aunque había alcanzado proporciones nacionales, no había ganado ninguna batalla militar importante ni había podido conquistar ninguna de las principales ciudades de la República.

La caída del Porfiriato se explica por la conjunción de varios factores, entre ellos una crisis social originada por el descontento acumulado en amplios sectores de la población ante una polarización de la riqueza y de los privilegios en donde la inmensa mayoría estaba excluida. Esa situación se combinó con las secuelas de una crisis económica provocada por el colapso financiero en Europa y Estados Unidos en 1907, que contrajo los mercados a los que México exportaba, a lo que se sumó la recesión económica en Estados Unidos y en México, que arrojó al desempleo a muchos trabajadores que vieron acrecentados sus problemas

²⁴ Leonor Ludlow y Carlos Marichal, *Banca y poder en México (1800-1925)*, México, Grijalbo, 1985.

UNAM - IIH

ante la carestía y la escasez de alimentos ocasionada por las malas cosechas de esos años. Sin embargo, esas dos crisis quizá se habrían superado si no se hubieran combinado con una aguda crisis política que, quizá, haya sido el principal factor detonante de la coyuntura excepcional que provocó la caída del viejo presidente.²⁵

El sistema político porfiriano se había ido anquilosando con el paso de los años. Era un sistema dominado por una oligarquía gerontocrática, aislada y que excluía a otros grupos políticos ajenos a la camarilla en el poder. Sobre todo, las nuevas generaciones y las clases medias que habían adquirido una creciente importancia como resultado del desarrollo económico, demográfico, urbano y con el aumento de la escolaridad y de las profesiones liberales, así como las elites regionales desplazadas, eran las principales demandantes de nuevos espacios de poder. Al no encontrarlos, con el nuevo siglo fueron agrupándose y organizándose hasta constituir, a lo largo de la década final del régimen de Díaz, un desafío inédito para el sistema, por su composición, radicalidad y amplitud.²⁶

La mayor fisura en el sistema político porfiriano fue la división y enfrentamiento entre los dos principales grupos políticos nacionales, los *científicos* y los *reyistas*. Durante la última década del siglo XIX esos dos grupos fueron el principal soporte de don Porfirio, quien estableció un equilibrio entre ellos para conseguir una eficaz administración pública nacional y un eficiente control político de las regiones. Al despuntar el nuevo siglo, sin embargo, Díaz quiso arreglar su sucesión mediante un pacto entre las dos principales cabezas de esos grupos: Limantour, su ministro de Hacienda, sería su sucesor con el apoyo político y militar de Reyes como secretario de Guerra. Sin embargo, ese acuerdo se vino abajo por la fuerte rivalidad que persistió entre ambos personajes y por los ataques que uno y otro se lanzaron en diferentes medios. Limantour, que representaba la eficiencia administrativa y la estabilidad financiera, encarnaba el modelo y la visión que Díaz quería para el desarrollo

25 Guerra, *op. cit.*, t. I, p. 319-324, t. II, p. 233-265; Javier Garciadiego, *op. cit.*, p. 13-14.

26 Guerra, *op. cit.*, t. II, p. 338-375.

de México una vez alcanzada la paz y la estabilidad. Reyes, en cambio, significaba una vuelta al pasado militarista del que Díaz provenía y que creía superado. Era, además, de la misma madera que Díaz, quien siempre tuvo recelos de su popularidad y del arraigo que tenía en el ejército. Por eso, no fue casual que Díaz tomara partido por Limantour y que iniciara el ocaso de Reyes, quien fue separado de la secretaría de Guerra y obligado a regresar a la gubernatura de Nuevo León. Los años que siguieron a ese diferendo, sin embargo, fueron años en los que a pesar de los intentos de Díaz y de los *científicos* por eliminar de la escena política a Reyes y de los espacios que le fueron quitando, éste se mantuvo como uno de los principales actores políticos y sus seguidores ofrecieron la mayor y más tenaz resistencia nacional al predominio de los *científicos* en la política y en la administración pública del país.²⁷

La pugna entre Reyes y Limantour tuvo repercusiones que luego provocarían consecuencias no previstas por ellos mismos ni por Díaz. Una de ellas fue la disminución en el presupuesto del ejército federal y su adelgazamiento. Desde la secretaría de Hacienda, Limantour, con la aprobación de Díaz, redujo los recursos asignados a la institución militar que vio disminuidas también el número de plazas. Díaz creía llegado el momento de privilegiar la administración sobre la política y las armas. Sin embargo, no dudó en emplear la fuerza en los momentos en que los conflictos se salieron de los marcos institucionales, como fueron los intentos de rebeliones magonistas en la frontera norte o los conflictos laborales de Cananea y Río Blanco.²⁸

A pesar del desplazamiento de su líder, el reyismo no fue destruido y permaneció como una fuerza política nacional que resurgió en 1908, cuando se volvió a plantear el problema de la sucesión de Porfirio Díaz. Los seguidores de Bernardo Reyes se movilizaron nuevamente para

27 Guerra, *op. cit.*, t. II, p. 79-141; José Yves Limantour, *Apuntes sobre mi vida pública (1892-1911)*, México, Editorial Porrúa, 1965, p. Véase también, en este volumen, el capítulo XXXIV de James Creelman, quien sigue la versión de Díaz y de Limantour sobre la ruptura con Reyes.

28 Garner, *op. cit.*, p. 195-211.

UNAM - IIH

influir en las elecciones presidenciales de 1910, buscando impulsarlo para la vicepresidencia en la que, pensaban, sería la última reelección de Díaz. Bajo la influencia de la entrevista que Díaz concedió al periodista estadounidense James Creelman, aparecida en los principales diarios nacionales en febrero de 1908, en la que Díaz anunció que no se reelegiría en 1910 y que vería con buenos ojos la formación de partidos políticos de oposición, diversos grupos y personajes opositores a Díaz formaron el Partido Democrático, que trataba de ser una opción nacional separada de las dos grandes corrientes políticas, *científicos* y *reyistas*. El desgaste y el anquilosamiento del sistema político porfiriano comenzaron a mostrarse a nivel local en las elecciones para gobernador que tuvieron lugar en varias entidades, la más significativa de las cuales fue la de Morelos, donde luego del fallecimiento del viejo gobernador porfirista Manuel Alarcón se formó un movimiento opositor al candidato oficial porfirista —el hacendado y miembro del estado mayor de Díaz, Pablo Escandón—. Ese movimiento, encabezado por Patricio Leyva, miembro de una de las familias locales de más prestigio, se convirtió en un serio desafío para el régimen al radicalizarse e incorporar en sus filas a miembros del Partido Democrático y a sectores populares morelenses. Díaz reprimió a los opositores y consumó la imposición de su candidato. Sin embargo, no obstante su derrota, el leyvismo mostró tanto las fisuras y el desgaste de la maquinaria política porfirista, como las posibilidades de la oposición a Díaz y a los *científicos* al ofrecer una alternativa a los numerosos sectores sociales descontentos con el régimen.²⁹

Después de la contienda política de Morelos, Díaz, temeroso del crecimiento del reyismo, resolvió exiliar al prestigiado militar. Reyes, hombre formado dentro de las formas y prácticas del sistema político porfirista y fiel, a pesar de todo, a don Porfirio, aceptó el exilio en septiembre de 1909, dejando acéfalo al movimiento reyista.

29 Guerra, *op. cit.*, t. II, p. 101-176; para el caso de Morelos, véase John Womack, *Zapata y la Revolución Mexicana*, México, 1969, p. 10-36, y Salvador Rueda Smithers, *El paraíso de la caña*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1998, p. 108-124.

Muchos de los cuadros del reyismo, al quedarse sin alternativa, se incorporaron a un movimiento que por esos días apenas despuntaba: el antirreeleccionismo, impulsado por Francisco I. Madero, un joven hacendado coahuilense que se había incorporado a la política en 1904 en su estado natal en contra del gobernador porfirista de su entidad. Madero era un político atípico para el sistema porfiriano. Miembro de una familia acaudalada del norte, con una formación académica y empresarial adquirida en Europa y los Estados Unidos, humanista, filántropo, espiritista, sin experiencia política previa, resultó ser un líder carismático y un gran organizador político que en pocos meses formó un nuevo partido político, el Partido Nacional Antirreeleccionista, para contender contra don Porfirio en las elecciones presidenciales de 1910 y realizó una exitosa campaña electoral que recorrió buena parte de las principales ciudades del país y le permitió crear una extensa red de clubes antirreeleccionistas a los que se incorporaron clases medias urbanas, trabajadores y artesanos.³⁰

Con esa estructura política novedosa y apoyado en la inédita y exitosa campaña electoral, Madero fue hecho prisionero por Díaz y, desde la cárcel, vio cómo Díaz se reelegía por octava ocasión. En lugar de resignarse o buscar una negociación con el viejo presidente, Madero, que no reconocía las formas, las prácticas ni los valores del sistema político porfirista puesto que era ajeno a él, dio el paso que no se atrevieron o no pudieron hacer los opositores anteriores: desafiar a don Porfirio y convocar a las armas para derrocarlo. Después de huir a los Estados Unidos, con el Plan de San Luis llamó a sus seguidores a iniciar una rebelión que, pensaba ilusamente, aglutinaría a los grupos antirreeleccionistas y a los sectores urbanos que lo habían apoyado en su campaña electoral. Pensaba también que la insurrección escindiría al ejército y que en pocas semanas tomaría el control de las principales ciudades del centro del país, lo que obligaría a Díaz a renunciar.³¹

30 Guerra, *op. cit.*, t. II, p. 177-227.

31 Ávila Espinosa, *Orígenes... op. cit.*, p. 98-101.

Sin embargo, la rebelión planeada por Madero fue un completo fracaso. Los grupos y sectores urbanos del maderismo electoral no lo siguieron en su aventura insurreccional. El maderismo no tenía cuadros, experiencia ni organización para una insurrección como la que planeaba su líder. El único núcleo que podía haberlo intentado a nivel local, en la capital poblana, encabezado por Aquiles Serdán, fue aplastado por las fuerzas del orden. Los demás núcleos de peligro fueron arrestados días antes del 20 de noviembre. Ese día, Madero ni siquiera pudo entrar desde Texas al territorio nacional, ante la ausencia de los hombres y las armas que esperaba. Derrotado y temeroso, se refugió en varias ciudades de Estados Unidos donde pasó diciembre de ese año y los primeros dos meses de 1911.³²

No obstante, el llamado a la rebelión fue hecho suyo por grupos agrarios y mineros de Chihuahua, donde prendió la revuelta y luego se extendió a los estados norteños de Sonora, Durango y Coahuila. Fue una rebelión muy diferente a la rebelión que Madero esperaba: rural, en buena medida espontánea, con una composición social multclasista en la que los sectores sociales bajos eran predominantes, plebeya, con liderazgos nuevos y propios y con una violencia de clase contra las elites y los representantes del sistema de dominación que sorprendió a Madero mismo y a sus principales colaboradores. Madero se incorporó a esa rebelión hasta febrero de 1911, cuando la insurrección iba en ascenso. Madero tuvo la virtud de haber hecho el llamado a las armas y de imponerse como el líder de esa rebelión, así como de conducirla.³³

La insurrección maderista se propagó por las distintas regiones del país. En el norte fue donde tuvo más fuerza pero también llegó a los estados del centro y el occidente. En pocas semanas proliferaron las bandas armadas rebeldes que rebasaron la capacidad del ejército fede-

32 Guerra, *op. cit.*, t. II, p. 270-289. Enrique Krauze, "Místico de la libertad. Francisco I. Madero", *Biografía del poder. Caudillos de la Revolución mexicana (1910-1940)*, México, Tusquets Editores, 1997, p. 46-51.

33 Alan Knight, *The Mexican Revolution*, 2 v., University of Nebraska Press, v. 1, p. 171-227.

UNAM - IIH

ral para controlar la insurrección. En abril de 1911, ante la dimensión que había alcanzado la revuelta, Díaz hizo un desesperado esfuerzo por contenerla y decidió la renuncia de casi todo su gabinete, hizo suyas las demandas maderistas de sufragio efectivo y de no reelección y ofreció atender el problema agrario. Fueron concesiones extemporáneas que sólo mostraron la debilidad del viejo dictador y que, en lugar de detener la insurrección, la avivaron. Díaz, aquejado por la enfermedad, se encontraba solo cuando la rebelión se extendió en los primeros meses de 1911. Reyes, quien podía haber organizado la respuesta militar del ejército para contenerla, se encontraba exiliado en Europa y cuando llegó al país el Porfiriato había pasado a la historia. Limantour, por su parte, ni siquiera había estado presente en las celebraciones del centenario de la Independencia ni cuando tomaron posesión Díaz y su gabinete a fines de 1910, pues estaba en Europa renegociando los bonos de la deuda mexicana y acompañando a su mujer convaleciente de una larga enfermedad. Cuando Limantour regresó al país, en marzo de 1911, la rebelión había alcanzado una dimensión tal que lo hizo comprender que era tarde para acabar con ella y que más valía negociar con Madero para tratar de preservar los logros del régimen y proteger los privilegios de los sectores pudientes.³⁴

Los líderes de la Revolución (Madero, sus familiares y colaboradores más cercanos) y los principales representantes del régimen porfiriano (Díaz y Limantour) decidieron ponerle fin a la revolución maderista. El Pacto de Ciudad Juárez, donde se acordó la renuncia de Porfirio Díaz y de todo su gabinete, el desarme de las fuerzas rebeldes y la constitución de un gobierno interino encabezado por el secretario de Relaciones Exteriores del gobierno porfirista, Francisco León de la Barra, fue el compromiso a través del cual los jefes de los bandos enfrentados acordaron terminar con una revolución popular en ascenso y preservar el

³⁴ Santiago Portilla, *Una sociedad en armas: insurrección antirreeleccionista en México, 1910-1911*, México, El Colegio de México, 1995, p. 333-395; Felipe Ávila Espinosa, *Entre el Porfiriato y la Revolución. El gobierno interino de Francisco León de la Barra*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2005, p. 18-24.

status quo porfiriano, manteniendo las instituciones y las leyes vigentes y apoyando ambas partes a un gobierno provisional con representantes de ambas partes.³⁵

Se ha especulado mucho sobre los motivos por los cuales Madero, de una parte, y Díaz, por la otra, tomaron esa trascendental decisión. Para algunos, la abdicación de Díaz fue prematura. El ejército federal estaba intacto, los revolucionarios no habían ganado ninguna batalla estratégica ni controlaban ninguna ciudad importante, salvo Ciudad Juárez. Sin embargo, lo que determinó la capitulación del régimen porfirista fueron cuatro factores: el convencimiento de que no podían derrotar militarmente a la insurrección, que con su multiplicidad de focos guerrilleros había rebasado la capacidad de movilización y despliegue del ejército federal; el temor real de Díaz y Limantour de una intervención norteamericana, luego del despliegue de veinte mil soldados del ejército de Estados Unidos a la frontera mexicana; la resignación y el desencanto de Díaz ante el rechazo del pueblo que antes lo aclamaba y, finalmente, una decisión estratégica de los responsables del régimen porfirista de que la única manera de preservar los logros alcanzados, la estabilidad, el desarrollo económico y las instituciones, era retirándose de la escena.³⁶

Limantour expresó diáfananamente los motivos de esa decisión, meses después: “al llegar a México me convencí de que se carecía en lo absoluto de los elementos militares indispensables para aplastar la Revolución”.³⁷

Y también expresó:

ni en nuestra historia ni en la de ningún otro pueblo que yo conozca, se ha dado el caso de que un gobierno fuerte, con un ejército fiel y las arcas repletas de dinero, entregara el poder a los primeros cañonazos serios de los revoltosos, movido solamente por la per-

35 Santiago Portilla, *Una sociedad en armas...*, *op. cit.*, p. 425-430.

36 Ávila Espinosa, *Entre el Porfiriato...*, p. 23-24.

37 José Yves Limantour a Díaz Dufoo, París, 21 de abril de 1912, en Archivo Histórico del Grupo Carso, *Fondo José Yves Limantour*, rollo 67.

suasión de que había perdido el apoyo de la opinión pública y de que la guerra civil traería la intervención extranjera; y de que los hombres de la revolución, sin grande esfuerzo, se apoderaran de la situación encontrándose con la mesa puesta, los servicios bien organizados, el crédito inmejorable y [...] con la disolución completa y definitiva del antiguo partido con el cual se levantaron. Se les entregó todo y se les dejó el campo libre de adversarios [...].³⁸

Limantour tenía razón en sus juicios sobre la derrota ante los revolucionarios. Pero lo que no alcanzaba a comprender, al igual que Díaz, es que no había sido solamente la ingratitud del pueblo mexicano que no había sabido valorar al gobierno porfirista y le había dado la espalda. Porque si algo estaba detrás del éxito de la rebelión maderista eran multitud de agravios, demandas y aspiraciones de la población excluida de la modernización porfirista. La desigualdad social, la miseria, el rezago y el abandono por las políticas públicas de la mayoría de la población mexicana era una realidad a la que el Porfiriato no había dado solución. Y fue la población excluida del progreso la que le cobró la factura a un gobierno que se había ido alejando de la política en aras de la buena administración y que había perdido también la capacidad de resolver los nuevos problemas creados por el desarrollo económico porque seguía anclado en las prácticas y las formas decimonónicas. Díaz había sido muy hábil para controlar los conflictos entre las elites y los grupos políticos, pero no era capaz de entender ni de resolver el desafío de las clases medias y de los sectores populares y menos de una rebelión popular extendida y radicalizada que rebasó por completo su capacidad de respuesta.

En abril de 1911 Díaz y Limantour entendieron que habían perdido la batalla con Madero y quisieron evitar más derramamiento de sangre capitulando. Madero, por su parte, quería también ponerle fin a una revolución social que no estaba en sus planes llevar hasta sus últimas consecuencias. Don Porfirio dejó la Presidencia el 25 de mayo de 1911

38 José Yves Limantour a Manuel Flores, Biarritz, 27 de agosto de 1912. *Ibidem*, rollo 68.

y al día siguiente partiría para su exilio en Francia, donde pasó los últimos cuatro años de su vida tratando de asimilar su desgracia personal. Como personaje del teatro clásico lo había conseguido todo, había sido el héroe más aclamado de su tiempo y había obtenido el reconocimiento sin parangón de las naciones extranjeras. Había concentrado el poder de la República en sus manos como quizá nadie lo había hecho antes ni lo haría después. Por eso su caída, estrepitosa, y su conversión de héroe a villano en el curso de unos cuantos años, no tienen tampoco parangón. Desde su exilio parisino alcanzó a ver cómo el David que lo había derrotado, Madero, caía también trágicamente, devorado por las fuerzas que había desatado. El viejo Porfirio Díaz pasó sus últimos años distrayéndose, viajando, pensando y repasando los acontecimientos convulsos de la nación mexicana que, una vez más, se desgarraba en una guerra fratricida, como había ocurrido tantas veces antes que él asumiera el poder. La estabilidad y la paz que había logrado durante más tiempo que ningún otro gobernante antes que él, también habían sido transitorios, como la historia de sus últimos días le mostraba con crudeza. Murió tal vez atormentado por eso, por pensar que el país al que había entregado su vida no parecía ser capaz de desarrollarse civilizadamente, sin violencia, pensando que tal vez su propio esfuerzo y sacrificio habían sido estériles.

Pero después de muerto, Díaz perdería todavía otra batalla, igual o quizá más dolorosa que la que había sufrido en vida. Enrique Krauze ha expresado mejor que nadie esa derrota, histórica, de Porfirio Díaz, que llega todavía hasta nuestros días: “Como todos los antihéroes de la maniquea historia mexicana, don Porfirio moriría ‘sin un recuerdo de gloria ni un sepulcro de honor’, pero en su caso con una pena mayor, tal vez la más injusta de aquel siglo de caudillos. Los restos de todos, incluso los de Hernán Cortés, descansarían en México; los de Porfirio Díaz no.”³⁹

A cien años del inicio de la Revolución, tal vez haya llegado la hora de hacer el balance histórico de Porfirio Díaz alejado de las pasiones y las controversias que sigue generando. Como ha expresado el propio Krauze: “la vuelta o no de los restos es menos importante que

39 Enrique Krauze, *op. cit.*, p. 328-330.

la necesidad moral de discutir a Porfirio Díaz con claridad, equilibrio y objetividad".⁴⁰ Es hora de que la historia juzgue a Díaz, con todos sus claroscuros, y es hora de exorcisar los demonios construidos alrededor de él desde hace cien años, demonios que siguen atormentando a la mitología de la historia oficial y a la ideología de la Revolución Mexicana.

FELIPE ARTURO ÁVILA ESPINOSA

40 Enrique Krauze, "Diez mentiras...", p.49.